## UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

### ANALES

DEL

# INSTITUTO DE LINGÜÍSTICA

TOMO IV



Año del Libertador General San Martín

MENDOZA

1 9 5 0

### PUBLICACIONES PRÓXIMAS DEL INSTITUTO DE LINGÜÍSTICA

#### Anales del Instituto de Lingüística

- J. Amades, Cristóbal Colón en la tradición catalana.
- J. Amades, Imitació dels sons.
- S. Bucca, Consideraciones sobre la glosemática.
- A. Dornheim, Los enseres domésticos de la casa rural del Valle de Nono (Córdoba).
- W. Ebeling y F. Krüger, La castaña en el N. O. de la Península Ibérica.
- L. da Silva Ribeiro, Moinho de mão na Ilha Terceira (Açores)
- Mª. E. Zappacosta de Willmott, La vitivinicultura de Mendoza.
- R. Wilmes, La casa rural en el valle de Vió (Aragón).

#### Estudios Lingüísticos

- 1 G. Rohlfs, Lengua y cultura.
- 2 W. Havers, El tabú en las lenguas indoeuropeas.
- 3 M. L. Wagner, Contribuciones para el estudio de los sufijos iberorromances.
- 4 F. Krüger, Los dialectos de Sanabria y de sus zonas colindantes. (Fonética, morfología, léxico).

CUADERNOS DE ESTUDIOS FRANCESES publicados por la Sección Lengua y Literatura Francesas de la U. N. de Cuyo.

F. Krüger, Géographie des traditions populaires en France.

El Indice de las palabras del tomo IV será incluído en el tomo V de los Anales.

### EL PIRINEO ESPAÑOL ARTE POPULAR DECORATIVO EN CATALUÑA LA FIESTA DE NAVIDAD

Recientemente se han publicado bajo los títulos indicados tres obras que, aunque han de ocuparse de materias diferentes, muestran un triple vínculo: la personalidad del autor, el espíritu y tendencias que las animan y el soporte geográfico-regional.

El autor de las tres obras —todas ellas, según veremos en seguida, fundamentales— es el folklorista catalán D. R. Violant i Simorra, actualmente Conservador de la Sección Etnográfica del Museo de Industrias y Artes Populares de Barcelona, hijo del histórico Pallars donde pasó su juventud y al que se siente entrañablemente unido. Inauguró su carrera literaria con un estudio sobre instrumentos musicales (1932), otro sobre las fiestas tradicionales (1934) y un notable trabajo sobre un aspecto típico de la cultura material de su país (Elaboració del cànem i de la llana al Pallars, 1934). Siguieron otros que contribuyeron más todavía a revelar la estupenda riqueza y variedad de aspectos folklóricos y etnográficos que distinguen a ese país: estudios sobre juegos infantiles, arte popular, medios de transporte, la caza y la pesca, la apicultura, la matanza, la fabricación del pan y aspectos típicos de la industria popular. Todos estos estudios (cuyos títulos se mencionan en la bibliografía de la obra sobre el Pirineo Español) radican en un profundo conocimiento del ambiente folklórico heredado por el autor de sus padres y ampliado en el transcurso de los años por un don perfecto de observación y un culto fervoroso a lo tradicional de su patria chica, circunstancias que obraron activamente en la formación folklórica del joven pallarés. "Es tan gran la nostra ambició per a recollir la preuada tradició com a personalitat própia de la nostra comarca nadiua" - escribió en el prólogo del libro publicado en 1934— "que no reposarem fin a tenir inventariats tots els trets folklórico-etnogràfics que estiguin al nostre abast, i, si és possible, publicar-los i tot". Ya en reseñas anteriores publicadas en la revista hamburguesa "Volkstum und Kultur der Romanen" (VII, 1934, 366-370; IX, 162-163; XII, 1939, 316-317) llamé la atención de los folkloristas sobre el interés que los trabajos de R. Violant i Simorra ofrecen para el conocimiento de esa región pirenaica, riquísima en tradiciones populares, y el valor que tienen desde el punto de vista comparativo.

Una fecunda tregua en sus publicaciones ha permitido al joven investigador intensificar las exploraciones de su especialidad tanto en el sentido geográfico como material. Esta ampliación de perspectiva se libra ante el mundo científico en las obras presentes, que indican con toda claridad el alcance de ese progreso. Es natural que también en estas obras recientes la cultura del Pallars y más particularmente la patria del autor, el Valle de Sarroca de Bellera, ocupan un lugar de privilegio. Es ésta, por decirlo así, el polo fijo, el punto de partida desde el cual el autor se va orientando con el objeto de abarcar cada vez más la multiplicidad del mundo folklórico en su variedad regional y en sus aspectos materiales. Técnicamente preparado por las múltiples encuestas realizadas en su tierra natal y científicamente formado por la lectura de obras que pudieron guiarlo en cuanto al método empleado en la investigación comparativa, estudia en el Pirineo Español la diferenciación folklórica de toda la vertiente Sur de la inmensa cordillera y en Art Popular Decoratiu a Catalunya y El Llibre de Nadal trata dos temas especiales igualmente vinculados con las tradiciones pirenaicas, pero mirados con enfoques más vastos (1).

\* \*

Como todos los estudios anteriores de R. Violant i Simorra también el Pirineo Español se basa en observaciones personales hechas durante las excursiones científicas realizadas por el autor en los años 1940 - 1943 (vale decir, después de la publicación de mis estudios etnográficos-lingüísticos sobre los Pirineos). Es esta observación directa, confirmada por numerosos dibujos y fotografías, la que confiere a su obra un carácter esencialmente personal y de absoluta autenticidad, rodeada de un ambiente de frescura y vivacidad singular. Más bien que una mera descripción o enumeración de hechos y datos nos parece una película plena de vivencias en la que van desarrollándose las costumbres, los días de fiesta y la vida cotidia-

<sup>(1)</sup> El Pirineo Español. Vida, usos, costumbres, creencias y tradiciones de una cultura milenaria que desaparece. Madrid, Editorial Plus Ultra, 1949. 675 págs. - Art popular decoratiu a Catalunya. Próleg per Agustí Duran i Sanpere. Barcelona, Les Belles Edicions, 1948. fº 249 págs., XLV láminas, 190 figuras. - El Llibre de Nadal. Costums, creences, significat i origens. Barcelona, 1948. 256 págs.

na de los humildes serranos. De allí también el conocimiento de numerosos detalles referidos a la vida espiritual que evidentemente presuponen una íntima compenetración, física y espiritual, con el ambiente serrano.

El Pirineo español lingüísticamente está dividido, como se sabe, en tres zonas distintas: la zona vasca, la aragonesa y la catalana. Desde el punto de vista geográfico se ha distinguido entre los Pirineos orientales, Pirineos centrales y Pirineos occidentales. Por importante que sea esta división, hay que señalar otra frontera no menos característica y es la que separa la zona montañosa de la premontañosa, los Pirineos propiamente dichos de los Prepirineos. Es ésta la frontera que, debido a determinados aspectos de la estructura geográfica del país, ha producido contrastes fundamentales tales como los que se observan en la preferencia que se da a la agricultura y al pastoreo respectivamente, en las labores del campo, en la vivienda, en los aperos y hasta en el lenguaje. Acierta pues el señor Violant i Simorra al destacar este contraste en las primeras páginas de su obra, confirmando así mis propias observaciones hechas en VKR 1934, pág. 366 y los numerosos ejemplos concretos presentados por mí en los diversos tomos de Hochpyrenäen (2). Por otro lado habría que averiguar si tal contraste fundamental, que yo consideraba como una consecuencia natural de las condiciones geográficas, se remonta a tiempos prehistóricos, es decir, a grados distintos de la iberización de las dos zonas, según parece suponer nuestro distinguido amigo (pág. 73 de su obra).

Aparte de la notable oposición que existe en los aspectos culturales del macizo central y de los Prepirineos, llama la atención la variedad regional que se observa dentro de las zonas así delimitadas, variación que a veces se manifiesta en pequeños detalles (no por esto menos interesantes) y otras toma proporciones considerables. No se cansa el autor de destacar tales diferenciaciones, ya se trate del análisis de aspectos concretos, ya de la vida espiritual manifestada en creencias populares, en usos y en costumbres, localizando los fenómenos y delimitando el área geográfica de su difusión. Es éste el sistema seguido por él en la descripción de las manifestaciones de la vida espiritual expuesta valle por valle y lugar por lugar y es éste también el programa observado en los capítulos que dedica a la cultura material. En éstos el caudal de las observaciones aparece ordenado por materias, pero con la clara finalidad de destacar las diferencias regionales.

Resultan así cuadros geográficos de determinados objetos (de las formas del yugo, del arado, del carro, etc.) comparables a los bosquejos

<sup>(2)</sup> F. Krüger, Die Hochpyrenäen. Hamburg - Barcelona, 1936 - 1939, 6 tomos.

de geografía folklórica intercalados en Hochpyrenäen y me complazco en señalar que no hay ninguna discrepancia esencial entre nuestras observaciones. Muy al contrario son tan frecuentes las congruencias que pueden satisfacer plenamente a los que todavía dudan de la veracidad de tales exploraciones. Compárense por ejemplo los capítulos que nuestro distinguido amigo dedica a los diversos tipos de cunas (págs. 236-237), de coladoras (págs. 232-240), de tederos hoy día ya bastante raros (pág. 213), de los distintos medios de transportar agua (págs. 221-222), de las cubiertas de paja, tablillas, losas y tejas (págs. 186 y sigs.), de los rediles en los cuales se encierran los ganados por las noches (págs. 417, 439) y a su difusión geográfica, con lo expuesto en los Hochpyrenäen, y no se encontrarán divergencias notables. Lo mismo puede decirse de temas algo más complicados tales como las formas del yugo y de los arados. También estamos en perfecta armonía en cuanto a la interpretación de ciertos fenómenos que evidentemente se explican por influencias extranjeras: la introducción de la hoz lisa, el volan, en lugar de la hoz primitiva dentada (pág. 469), el empleo de la guadaña que ha venido a substituir en ciertas regiones a la hoz en la siega de los cereales (pág. 469), la irradiación del yugo cornil en determinadas zonas rayanas (pág. 460), etc. También hay que considerar como préstamo cultural la cadena del fogón en forma dentada que se encuentra en el Pirineo oriental (pág. 206; cp. Hochpyrenäen A. II, 140), la campana reducida y cuadrangular que recoge el humo encima mismo de la piedra del hogar, según ya expuse en Hochpyrenäen A II, 98-99, 108, y otras innovaciones que se pueden observar en la instalación de los hogares (HPyr A II, 152, etc.).

El señor Violant i Simorra ha dado a su obra el subtítulo de "Vida, costumbres, creencias y tradiciones de una cultura milenaria que desaparece", formulación que en efecto caracteriza perfectamente el estado de cosas. Hay pocas regiones de España —exceptuando el Noroeste— que han conservado tan fielmente sus tradiciones patriarcales, tanto en lo que se refiere a la cultura material como con respecto a las creencias, usos y costumbres. Hasta hace escasamente medio siglo —leemos en la pág. 119— el hombre pirenaico producía todo lo esencial para su austera y frugal vida. Vivía en aquel estado de "Selbstgenügsamkeit" que era el modo de vivir de sus antepasados. Restos de este estado primitivo se han conservado hasta hoy en día: los montañeses viven casi exclusivamente de lo que cosechan en sus propiedades; fabrican ellos mismos la mayor parte de sus aperos, el arado, el yugo, la primitiva narria, etc.; existen todavía aquellas pintorescas industrias domésticas, algunas ejercidas desde hace centurias por familias enteras, que abastecen a los aldeanos de tejidos,

objetos de alfarería y cestos; es frecuentísimo además el caso de la elaboración del pan en la propia casa, constituyendo el horno parte integrante de la cocina.

En cuanto a los productos indispensables para la vida, pero no existentes en los valles -vino, aceite, sal, etc. - eran llevados en mulos por los arrieros que subían de la tierra baja, ofreciendo de este modo un espectáculo pintoresco que todavía hoy, a pesar de la construcción de carreteras, se puede observar en ciertas comarcas. Lo mismo puede decirse de los mercados locales. Exceptuando las provincias vascongadas —progresistas en muchos aspectos— el tránsito rodado que hasta en las regiones más atrasadas del Noroeste es común, no existía hasta hace muy poco en los Pirineos. Substituye al carro para muchos fines (transporte de piedras, arena, estiércol y hierba) la narria, vehículo prehistórico sin ruedas que se arrastra por el suelo y que ha conservado en gran parte de los Pirineos su forma primitiva hasta el día presente. No le cede seguramente antigüedad la rastra que sirve para igualar la tierra después de arada y que consiste simplemente en un montón de zarzales atados con una soga. Y también entre los arados -generalmente del tipo que podríamos calificar de "romano"— aparecen formas sencillísimas que indudablemente indican un origen muy lejano.

El mismo carácter arcaico se manifiesta en el cultivo del campo: en la antiquísima quema del monte que precede a la primera roturación (tal como se observa también en el Noroeste de la Península) (3), en la fertilización de la tierra por las cenizas del monte quemado o el rodeo de los rebaños durante las noches de primavera y otoño y en el procedimiento primitivo de dejar descansar las tierras año por medio para no agotarlas. Inútil decir que también el empleo de la azada, en lugar del arado, para labrar huertos y en muchos casos los campos, arraiga en viejísimas tradiciones.

Si es arcaica la agricultura de los valles pirenaicos, no lo es menos el pastoreo: la trashumancia, la vida pastoral en las altas montañas, el traje y el ajuar de los pastores confeccionados en gran parte por ellos mismos, su vivienda que en su forma más primitiva es una cueva o una choza humilde, y por fin los métodos y los utensilios empleados en la elaboración del queso y de la manteca. Basta recordar las formas sencillas de las queseras hechas de un trozo de madera ahuecado o los rústicos pellejos utilizados (como en Asturias y Galicia) en la elaboración de la mantequilla

<sup>(3)</sup> Véase nuestro estudio Cosas y vocablos del Noroeste ibérico que aparecerá en "Nueva Revista de Filología Hispánica".

para comprender que entre los pastores pirenaicos lo más primitivo ha perdurado en efecto a través de los siglos.

Llaman la atención también por su antigüedad los sistemas de caza y de pesca. Son numerosos los paralelismos que podríamos establecer con los de otros países conservadores, como por ej. Galicia, Portugal, Azores, etc.

En cuanto a la casa rural, variadísima en sus aspectos regionales, no hay más que mirar el exterior para comprobar que el hombre pirenaico no ha podido sustraerse a las leyes que implacablemente le impone desde centurias el ambiente que lo rodea. La escasez de aberturas, los muros gruesos, de piedras sobrepuestas sin labrar y sin revocar, los techos cubiertos, según la región, de paja, de tablas o tablillas o de losas informes y las gigantescas chimeneas tan bien adaptadas al medio rústico de la alta montaña — características que se han conservado con exquisita pureza en ciertas partes del macizo central — denuncian claramente hasta qué extremo los serranos han permanecido estables en la construcción de sus casas. Tanto es así que resultan insignificantes las diferencias entre las casas-viviendas y los simples refugios habitados temporariamente por pastores y ganados. En el caso de la vivienda del Valle de Arán (y de casas de otras regiones parecidas a ella) hasta ha sido posible establecer el proceso evolutivo que ha conducido de la primitiva borda, habitáculo pastoril destinado a cobijar al pastor y al ganado, a la casa-vivienda. "Tanto en lo que se refiere a la dimensión y al aspecto exterior" —dije en Hochpyrenäen A I, 229- "como a los materiales empleados y a la distribución interior, hay coincidencias sumamente notables, por otra parte existen diferencias que se explican perfectamente por la transformación de la bordacabaña en casa-vivienda". Exactamente lo mismo puede observarse en Montgarri, pueblecito habitado por unos cuarenta vecinos, en lo más alto del Valle d'Aneu (1645 metros sobre el nivel del mar) y en otros lugares.

En cuanto al interior de la casa, las huellas de cultura primitiva no son menos escasas. La instalación del fogón en el centro de la cocina, su emplazamiento a ras del suelo y su forma de hoyo circular practicado en éste (según Violant i Simorra, pág. 198 en las provincias vascongadas, observación importante que puede ser complementada por los términos clotxa, clofa, originariamente = 'hoyo', que se aplican en tierras catalanas a la parte de la cocina donde se enciende el fuego), la cadena o sea el lar (en que se cuelga la caldera) de forma auténticamente prehistórica, los tipos arcaicos de morillos, el alumbrado primitivo por medio de la tea o leña resinosa de pino que ha persistido esporádicamente hasta nuestros días, y

un sinnúmero de utensilios domésticos tales como calabazas ahuecadas y morteros, saleros y escudillas de madera, vaciados y modelados en una sola pieza muestran —entre muchas otras cosas— la supervivencia de un estado de cultura antiquísimo con el cual tan sólo el Noroeste de la Península puede rivalizar.

Por arraigadas que estén las tendencias tradicionalistas señaladas que dan a la cultura pirenaica un sello particular, no es menos evidente en estas comarcas la variedad regional. Las provincias vascongadas, que a muchos etnólogos parecían como El Dorado de lo primitivo, en ciertos aspectos no lo son cuando se las compara con las zonas colindantes de Aragón. La zona aragonesa, por su parte, está dividida en una serie de núcleos culturales tan distintos como las variantes regionales de su idioma. Hasta en la zona catalana, a pesar de su unidad histórica, se notan divergencias de valle a valle, a veces hasta de lugar a lugar. El Valle de Arán, situado en la vertiente del norte y separado del resto de Cataluña por una barrera enorme, parece, mirado desde ésta, un mundo aparte. No insistiremos en la importancia de aquella frontera natural que ha producido el contraste fundamental entre los Pirineos y los Prepirineos del cual ya hablamos antes. Hay pueblos de la alta sierra como Ansó en Aragón y Gistain en el otro extremo oriental del mismo Pirineo aragonés, que debido a su situación y a su tradicionalismo hondamente arraigado han conservado (hasta en el culto al traje) la esencia de la vida patriarcal, tal como era común a todos los pueblos pirenaicos en los siglos pasados. Hay otros pueblos de la misma región que, enorgulleciéndose de su espíritu modernista, deniegan categóricamente lo ancestral buscando en el extranjero el cumplimiento de sus confusos anhelos.

Sería exagerado exigir de una obra como la presente la exposición de los diversos factores que pueden haber motivado tal variación y transformación. Ya es mucho si nos presenta los hechos: la actitud espiritual de los habitantes, de la que el capítulo dedicado a ellos (págs. 67 y sigs.) y la introducción general (aspecto fisiográfico, págs. 19 y sigs.) dan ejemplos tan sugestivos como los antes mencionados de los ansotanos y chistavinos; el aspecto fisiográfico y económico de las diversas comarcas y valles (págs. 19 y sig.) y las características del folklore en su variedad regional. De tales cuadros comparativos no rara vez se desprenden las transformación es e in no vaciones que se operaron en ciertas regiones y hasta es posible averiguar, a raíz de su difusión geográfica, su centro o su zona de irradiación.

Tal ocurre por ejemplo con el yugo cornil que en la zona rayana del Norte y en el extremo Oeste va sustituyendo al tipo tradicional de collares (pág. 459). En este caso se trata evidentemente de una importación francesa, según ya expuse en *Hochpyrenäen* C II, 30-31, pues es sabido que en Francia, y más particularmente en la zona Sur de ese país, predomina el yugo cornil. El extremo Oeste de Aragón va aparejado con el país vasco de donde el yugo cornil se prolonga hacia la sierra cantábrico-asturiana (34). Resulta de las observaciones de Violant i Simorra que un tipo especial vasco (bastante recio y adornado de entalles) va ganando cada vez más terreno, irradiándose desde Guipúzcoa, vía Pamplona, en la precordillera (hasta el canal de Berdún y al llano de Jaca).

No son menos significativas las transformaciones que se han operado en el empleo de la hoz (pág. 469). De las dos formas —hoz dentada y hoz con filo de corte liso- la primera representa evidentemente el tipo original. Con frecuencia éste se ha conservado solamente en la zona occidental y central aragonesa. Todo el Pirineo catalán, hasta los pueblos más apartados del Pallars y Andorra, han adoptado el tipo moderno. Este hecho verdaderamente sorprendente (considerando el carácter arcaico de esta zona) sólo puede explicarse por un influjo muy poderoso de parte de Francia donde el nuevo instrumento, de procedencia septentrional, ha ocupado vastas zonas del Suroeste y del Sur. Confirma esta adopción el término galo-romance volan que junto con el implemento se ha difundido en extensas regiones de Cataluña. Como en el Sur de Francia, la introducción del volan en la zona pirenaica es de fecha relativamente reciente. Es interesante anotar que la innovación ha penetrado también en algunos lugares del país vasco, lo cual testimonia claramente la disposición de ese pueblo para recibir en su cultura arcaica tendencias progresistas.

El carro, antiguamente desconocido en la zona central y oriental de los Pirineos, va abriéndose paso paulatinamente por medio de las carreteras recién construídas. Ha conquistado ya todo el Pirineo oriental, circula por la magnífica carretera que atraviesa el valle de Arán y aparece también, aunque esporádicamente, en los Pirineos Centrales. Todavía es insignificante en esta zona la influencia que el nuevo vehículo ejerce sobre los medios de transporte tradicionales. Pero es de suponer que con la construcción de nuevos caminos cambiará el aspecto y se disolverá aquella vasta zona (desde Andorra hasta las Provincias Vascongadas) que actualmente separa el área del carro español de la del carro francés (3b).

<sup>(34)</sup> Son significativas las denominaciones yugu vizcaino y frontiles vizcainos que se encuentran en la Montaña de Santander (García-Lomas 357).

<sup>(3</sup>b) Compárese ahora el mapa que presenta J. Caro Baroja en su importante libro Los vascos. Etnología. San Sebastián 1949, pág. 212 del área de extensión de los tipos de carro en las provincias vascongadas.

Puede compararse, en cierto modo, con la difusión del carro, la introducción de la teja curvada como material de cubierta en determinados pueblos y regiones de la montaña, pues ella también está vinculada a la existencia de carreteras. La teja, único material de los Prepirineos y de los llanos, avanza por la Noguera Ribagorzana hasta Ginaste, por el R. Ésera hasta Campo y Castejón, por el R. Cinca hasta Boltaña, contrastando así fuertemente con las cubiertas tradicionales de la alta montaña. Más intensa aun es la irrupción de tipos modernos en el extremo Oeste, donde han desbordado desde Guipúzcoa hasta el Norte de Navarra y la zona colindante aragonesa, hecho sumamente característico, pues demuestra una vez más el influjo que ejercen las Provincias Vascongadas sobre la zona occidental aragonesa.

Podríamos citar muchos ejemplos más para señalar las fuerzas transformadoras a que está sometida la cultura arcaica de los Pirineos, remitiendo a observaciones propias expuestas en Hochpyrenäen o a las de nuestro apreciado amigo (observaciones que casi siempre coinciden hasta en los detalles). Pero basten las exposiciones anteriores para destacar en grandes líneas el carácter de tales innovaciones, su procedencia y las zonas de su irradiación. Es notable la influencia que ejerce Francia en la depresión oriental mediterránea y en el otro extremo occidental; en cambio es menor en la zona central, donde se manifiesta sin embargo claramente en la construcción y en el interior de la casa (forma y material de la cubierta, chimenea y escape de humo, ventana, etc.). Constituyen otro centro de irradiación las provincias vascongadas, cuya cultura avanzada ha afectado con bastante empuje a la zona colindante aragonesa. Pero no hay que despreciar tampoco las innovaciones que procediendo de las tierras llanas del Sur, han aportado nuevos aspectos y matices a la cultura tradicional de la sierra. La mayor parte de las innovaciones son de fecha reciente; hay que reconocer además que hasta ahora tan sólo han afectado a las zonas rayanas. La milenaria cultura de los Pirineos vive aún y con ella uno de los baluartes más recios de la tradición española.

En las páginas anteriores nos hemos referido tan sólo a algunos aspectos de la cultura material con el objeto de señalar las características de su estructura. La temática que el señor Violant i Simorra aborda en su obra es sin embargo mucho más vasta. Procura dar una síntesis de la vida pirenaica abarcando el conjunto de sus múltiples manifestaciones en el folklore.

Trata pues en el primer capítulo el aspecto fisiográfico del Pirineo, presentando, después de una introducción general, una descripción sucinta y a la vez pintoresca de los diversos valles y comarcas tradicionales. En el

cap. II caracteriza a los habitantes poniendo de relieve las diferencias físicas y psicológicas que se observan entre catalanes, aragoneses y vascos y también en sus respectivos idiomas; encierra este capítulo además un minucioso análisis de los diferentes elementos del traje, con lo cual evita el autor describirlo en forma general (por regiones), hecho que encontramos con mucha frecuencia en publicaciones de tratadistas anteriores y que tanto ha complicado el estudio de ese tema. El tercer capítulo ofrece un panorama general de la economía: recursos naturales, industria, comercio, comunicaciones, emigración. Los capítulos IV-VI están dedicados a la vivienda (págs. 150-195), a la vida doméstica al amor del hogar (págs. 196-267) y a la trilogía de la vida humana: nacimiento, matrimonio y muerte (págs. 268-316). El capítulo VII, en el cual el autor analiza la organización social y pecuaria (págs. 317-359), prepara la descripción de la caza y pesca (págs. 360-379), de la vida pastoril (págs. 380-437) y de la vida agrícola (págs. 438-493). Los tres últimos capítulos tratan de creencias, mitos y supersticiones (págs. 494-557), fiestas populares (págs. 558-623), representaciones, danzas y deportes (págs. 624-649).

Es importantísimo el capítulo que el autor dedica a la organización social en la que se manifiestan tan claramente aquellas tradiciones patriarcales que dan a la vida pirenaica un carácter particular: la institución del mayorazgo o hereu con la que están vinculados numerosos usos referentes al régimen doméstico y a los bienes patrimoniales; la comunidad vecinal que implica prácticas de no menor interés (ayuda mutua; trabajos vecinales) y la organización comunal, incluso la organización agropecuaria, que, tanto en el país vasco como en Aragón y los valles catalanes, ha dejado imborrables huellas en el aprovechamiento de los pastos y bosques y en la administración comunal. Resulta interesante comparar los usos observados por Violant i Simorra con los señalados recientemente por el geógrafo H. Cavaillès en la vertiente Norte de los Pirineos donde se han conservado tradiciones muy parecidas (4).

Al presentar su obra el señor Violant i Simorra no pretende, según él mismo lo dice en el Prefacio, agotar el estudio etnográfico de los Pirineos. Así es que los capítulos dedicados al folklor e propiamente dicho—creencias, costumbres, fiestas, etc.— tienen más bien el carácter de un esbozo destinado a destacar los aspectos más esenciales. Pero hay que advertir que ellos también ofrecen gran interés por la abundancia y la novedad de los materiales. Al lado de costumbres que parecen tener un carácter regional o

<sup>(4)</sup> H. Cavaillès, La vie pastorale et agricole dans les Pyrénées des Gaves, de l'Adour et des Nestes. Paris, 1931.

local nos encontramos con un sinnúmero de fenómenos que merecen ser considerados desde el punto de vista comparativo: así por ejemplo los ritos "llenos de unción y de fe cristiana, mezclados con reminiscencias paganas" que se practican para obtener buenas cosechas o al finalizar las mismas (matar el boc, matar la cuca, matar el gall, etc., págs. 489 y sigs.) (5) así como para conseguir que llueva, una de las principales preocupaciones en todos los países meridionales (6); el rito mágico de pasar, en la noche de San Juan, a niños herniados por la raja de un árbol (pág. 597), magia que tantos paralelos tiene en la tradición popular europea (7); las danzas con palos y espadas típicamente vascas pero no desconocidas en otras regiones de la Península y que últimamente han dado lugar a un exhaustivo estudio comparativo (8). El señor Violant i Simorra ha dado él mismo un excelente ejemplo de cómo los temas folklóricos tratados sintéticamente en la presente obra pueden ser ampliados, en el magnífico libro sobre la fiesta de Navidad de que hablaremos más adelante.

Terminamos con algunas observaciones de detalle que tal vez serán útiles al autor para una segunda edición de su obra. Dice en la pág. 84 "En el Valle de Arán hablan un dialecto gascón y el catalán, aunque con marcado predominio de este último idioma", observación inexacta en lo que se refiere al predominio catalán y que contradice lo dicho sobre el empleo del gascón como lengua familiar en la página 88. No hay que exagerar tampoco la influencia del catalán en la zona aragonesa como se hace en la página 87. Faltan en la bibliografía algunos libros y artículos que para el lector seguramente tendrán interés: Violet Alford, Pyrenean Festivals. Calendar Customs, Music, Magic Drama, Dance. London, 1937, 286 págs. - Th. Lefèbvre, Les modes de vie dans les Pyrénées atlantiques orientales,

<sup>(5)</sup> Sobre este tema tratará próximamente el insigne folklorista A. Van Gennep en una publicación de la Universidad Nacional de Cuyo desde el punto de vista comparativo.

Grosse Völkerkunde, obra publicada por H. A. Bernatzik, Leipzig, 1939, t. I, 152-153 y en Festschrift J. Jud, págs. 349-350. Sobre España pueden compararse ahora los datos recogidos por E. Casas Gaspar, Ritos arcaicos. Folklore campesino español. Madrid, 1950, págs. 39 y sigs.

Violant i Simorra (pág. 597) el diseño ofrecido por Aug. César Pires de Lima, Estudos etnográficos, filológicos e históricos. Pôrto, 1948, t. II, 249 del Norte de Portugal (con referencias bibliográficas; cp. también H. Urtel, Beiträge zur portugiesischen Volkskunde. Hamburg, 1928, págs. 37, 45, con referencias a la bibliográfia europea).

<sup>(8)</sup> R. Wolfram, Schwerttanz und Männerbund. Kassel, 1935-37.

Paris, 1933, 777 págs. - A. Kuhn, Studien zum Wortschatz von Hocharagon. ZRPh LV, 561-634 (numerosas observaciones etnográficas). - R. Wilmes, Der Hausrat im hocharagonesischen Bauernhaus des Valle de Vió. VKR X, 213-246 (el trabajo completo de R. Wilmes aparecerá próximamente en español bajo el título La vida rural en el Valle de Vió, en los "Anales del Instituto de Lingüística").

Concluyo así las observaciones sugeridas por la magnífica e instructiva obra sobre el *Pirineo Español* que, como confirmación de nuestra liberal convergencia de intereses científicos, me acaba de dedicar mi distinguido amigo R. Violant i Simorra.

\* \*

En dicha obra el autor ya había llamado la atención sobre la gran importancia que el arte popular posee entre los pastores y aldeanos pirenaicos, arte que practicado como creación personal o industria doméstica, en forma rudimentaria o estilizada, arraigaba en algunos pueblos mientras se iba difundiendo por los centros industriales a través de los valles. Este arte popular catalán, enriquecido considerablemente por el aporte constante de los serranos pirenaicos, constituye el objeto de la obra publicada en 1948 por el señor Violant i Simorra sobre Art popular decoratiu a Catalunya espléndidamente ilustrada como la anterior. Ensanchando el dominio de sus observaciones a toda Cataluña y poniendo de relieve el elemento decorativo presenta en forma sistemática el acervo variado y pintoresco del arte popular catalán, que desde hace tiempo había despertado el interés de aficionados (9), pero que hasta el presente no había sido objeto de un metódico estudio de conjunto.

Destacando claramente el concepto de arte popular, término que entre los tratadistas ha encontrado a veces una interpretación bastante vaga y hasta exagerada, el señor Violant i Simorra se limita al estudio de las obras hechas o decoradas por el pueblo mismo o por artistas de técnica popular tradicional. Al tomar la palabra en este sentido bien perfilado (10) considera como populares el arte rústico de la madera, tal como lo practican los pastores en la soledad de la sierra, los tejidos de mimbre, paja,

(10) En lo que respecta al sentido que hay que dar a "arte popular",

<sup>(9)</sup> Cabe hacer mención honorífica del estudio de J. Pla Cargols, Art popular i de la llar a Catalunya. Girona 1927 cuya documentación se basa casi exclusivamente en colecciones de museos.

ets. que se fabrican siguiendo con frecuencia una tradición familiar, y las industrias de la alfarería y de la herrería que, enclavadas en un ambiente rústico, sirven a la colectividad comunal. En estas artes puede incluirse también la construcción de la casa, pues a pesar de ciertas influencias extrañas, se mantiene tradicional. Por esto la casa rural, a cuya forma exterior se agregan numerosos elementos artísticos en el interior, ha merecido en la obra del señor Violant i Simorra una atención particular (págs. 15-54). Por último pueden considerarse como manifestaciones del arte popular numerosas creaciones nuevas de gusto más culto y refinado que, aunque distintas de las de carácter puramente rural, se han infiltrado en la tradición popular formando parte integrante de ella: creaciones individuales nacidas de una técnica superior o imitaciones de modelos y moldes urbanos adaptados al gusto tradicional. En este grupo hay que incluir la cerámica decorada, la escultura en madera perfeccionada por ebanistas, etc., los tejidos artísticos y otras labores femeninas imitadas de una cultura superior pero desde hace mucho tiempo arraigadas en la tradición popular.

Las fuentes en que se basa la obra del señor Violant son las colecciones reunidas en los museos folklóricos —de Ripoll, Solsona y de la Sección Etnográfica del Museu Municipal d'Indústries i Arts Populars de Barcelona sobre todo, la cual debe su riqueza casi exclusivamente a la laboriosidad de nuestro autor- y los resultados de encuestas sistemáticas realizadas por él durante muchos años en el terreno. Estas observaciones directas practicadas "en la escuela viva de la naturaleza y la vida rural" dan a su obra un carácter singular, pues permiten al lector ver las cosas desde más cerca en el ambiente mismo en que han surgido y próximas a los hombres que las han conformado. En visión de conjunto estos objetos nos entregan un panorama vivo y tangible de la laboriosidad artística de sus creadores. Observamos al humilde pastor de la sierra al tallar y modelar la madera (pág. 57), la técnica empleada por los cesteros al confeccionar paneras de paja (pág. 85), cestas y recipientes hechos de ramas (pág. 87, 94) y las formas artísticas que en centros urbanos han substituído a la cestería primitiva (pág. 96); seguimos de cerca las manipulaciones de los alfareros rurales al preparar y modelar la arcilla (pág. 124 y sigs.) y la técnica que se sintetiza en las creaciones de la cerámica popular (pág. 138). Siguiendo las rutas de nuestro autor notamos además la variedad asombrosa que caracteriza el arte popular catalán y las diferencias regionales a que está

la obra de nuestro distinguido amigo se diferencia favorablemente de la obra publicada recientemente por J. Subias Galter bajo el título *El arte popular* en España. Barcelona 1948.

sometida la configuración de determinados objetos. Es variadísimo el panorama que nos traza de la cestería, sus aspectos particulares y sus tipos regionales, su difusión geográfica y su nomenclatura (pág. 82 y sigs.) y no es menos sugestivo el cuadro que nos presenta de las características regionales de la alfarería (págs. 107 y sigs.). Tales diferencias se notan también en el moblaje (págs. 74 y sigs.), en el ajuar (véase, p. ej., lo dicho sobre las formas distintas del aparador en la pág. 50) y en el aspecto artístico del exterior de la casa (véase el esquema comparativo de las chimeneas en la lám. V, de los relojes de sol en la lám. VII y de los ornamentos de las galerías en la lám. II). En muchos casos tal cuadro comparativo permite distinguir claramente la procedencia, las fases de la evolución, lo autóctono y lo ajeno.

Pero también desde el punto de vista sociológico son interesantes las observaciones directas que hizo el señor Violant i Simorra en sus viajes. Entre los individuos que se dedican al arte popular, según el carácter y la finalidad de éste, hay que distinguir varios grupos o categorías de acuerdo con su labor.

Entre ellos el arte pastoril, a veces mero pasatiempo de los pastores en la soledad de la montaña, ocupa una posición particular. De los objetos fabricados por ellos —cucharas, escudillas, etc.— gran parte es destinada al uso personal, otros sirven de regalo a los amigos o familiares (pág. 57). Tampoco puede considerarse como oficio propiamente dicho la fabricación de cestos y paneras tal como se efectúa durante los meses de invierno en las casas de ciertas regiones de la alta montaña; es una ocupación a la cual se dedican los paisanos, viejos y jóvenes, como se dedican a la fabricación de aperos agrícolas y pastoriles (pág. 86). Pero puede que de una tal ocupación pasajera surja una industria doméstica profesional como se observa en la fabricación de instrumentos de música cultivada (según una tradición artística ya arraigada) en la familia de un flabiolaire de la Plana de Vic (pág. 64). Por otra parte los cesteros pallareses de que hablamos antes se han convertido a veces en artesanos andantes (pág. 89-90) como los hay también entre los picapedreros (pág. 45) y los carpinteros (pág. 62). Hay por fin verdaderas industrias profesionales, particularmente en alfarería, concentradas en determinados núcleos locales o regionales y especializadas en la técnica de su labor; constituídos en gremios de familiares o en cofradías ya desde la alta Edad media estos alfareros merecen el calificativo de artesanos en el verdadero sentido de la palabra. El trabajo libre de los pastores, los obreros ambulantes, la industria casera vinculada con el trabajo del campo o el pastoreo y la industria doméstica independiente, oficios que se han conservado con cierta frecuencia, y a veces en

formas bastante rudimentarias, en la montaña, representan los prototipos del artesanato perfecto tal como se ha constituído, formando escuela, en la tierra llana y en los centros urbanos de Cataluña.

Vamos a escoger tres ejemplos para ilustrar la variedad y el interés de los temas tratados: el arte pastoril, la industria del hierro y la cestería.

Los pastores catalanes nos han legado un notable repertorio de trabajos artísticos-etnográficos que podemos admirar en los museos de Ripoll y de Barcelona, particularmente ricos de tales objetos, y en los pueblos mismos de la montaña. Trátase sobre todo de trabajos de madera (no cita Violant i Simorra los trabajos de cuerno que sin embargo han tenido también cierta importancia en los Pirineos), hechos de una sola pieza y tallados y grabados simplemente a punta de navaja. Como madera se da preferencia al boj, material fuerte y duro, pero que no se raja al trabajar y que al cabo de los años toma con el uso un color amarillento muy simpático a la vista. Encontramos el mismo material también en Provenza, en los Alpes franceses e italianos. Como temas ornamentales emplean motivos geométricos, figuras florales, representaciones humanas y símbolos religiosos. Los objetos decorados por los pastores son de una multiplicidad infinita. Encontramos, al lado de cucharas, tenedores, escudillas, bastones, etc., fabricados en todos los países pastoriles, otros de carácter más particular: collares (en su forma más perfeccionada hasta policromados), que en cierto modo pueden rivalizar con los magníficos cambis di sounaio de los pastores provenzales y con los collari de Piamonte y del Valle de Aosta; saleros que, por su gusto artístico, no son inferiores a las clásicas formas dadas en el Queyras, la Maurienne y el Tirol; queseras en forma de cuenco de madera en las cuales se combina de una manera armoniosa lo artístico con lo rudimentario, en contraposición a los Alpes donde prevalecen las formas torneadas, vale decir, más perfeccionadas; los garrotes finamente estilizados (por servir de prendas amorosas) que las muchachas utilizaban para atar en el campo las gavillas y de los que encontramos magníficos ejemplares también en el Norte y Este de Europa (Alsacia, Alemania, Finlandia, Moravia, etc.). Lo que da a este arte anónimo un carácter especial es que se encuentra concentrado en una sola región, la zona pastoral de los Altos Pirineos, como lo manifiestan no sólo las colecciones de los museos regionales, sino también el ajuar tradicional de aquellos pueblos humildes, verdaderos museos etnográficos creados al natural. Valdría la pena comparar el "arte de madera" pirenaico con el de otras regiones españolas —la sierra cantábrico-asturiana, Salamanca, etc.— y de otros países -el Norte de Portugal, los Pirineos franceses, la Auvergne,

la Haute-Loire, los Alpes franceses, italianos y suizos—, todos ellos países clásicos en este arte, para averiguar lo que tienen de común y lo que los distingue (11). Sea cual fuere el resultado de tal comparación, lo cierto es que en los Pirineos catalanes se ha conservado una técnica particularmente arcaica nacida de la misma tradición patriarcal que antes reinaba también en Provenza y a la que el poeta-folklorista Frederi Mistral ha dado expresión en los versos siguientes:

E de parla tant-lèu s'arresto,
Coume un relicle, de sa vèsto
Sort un coucourelet taia dins lou bouis viéu;
Car, à sis oureto de pauso,
Amavo, asseta su 'no lauso,
De s'espassa 'naquéli causo;
E rèu qu'emé 'n coutèu fasié d'obro de Diéu!

E d'uno man cascareleto
Escrincelavo de clincleto
Pèr la niue, dins lou champ, mena soun abeié;
E sus lou cambis di sounaio.
E sus l'os blanc que li mataio,
Fasié de taio e d'entre-taio,
E de flour, e d'aucèu, e tout ço que voulié.

Mirèio, IV.

Son múltiples, casi innumerables, los objetos forjados de hierro que adornan el exterior y el interior de las casas rurales. En parte se trata de arreos y utensilios fabricados en talleres urbanos tales como picaportes, balaustradas de balcones, etc. Pero en grande parte proceden de las fraguas rurales que antiguamente trabajaban en determinados valles de la montaña. Sorprende la frecuencia con que aparecen en el Alto Pallars. Pues bien, en esta comarca existían antes —es decir ya desde la Edad Media— numerosas fargas que trabajaban el hierro extraído de las minas

trará la documentación necesaria: P. C. Morán, Arte popular (en Salamanca). En: Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria. Memoria LXVI, Sesión 58, págs. 23 y sigs. - Vida e arte do povo português. Lisboa, 1940. - Ph. de Las Cases, L'art rustique en France: Dauphiné et Savoie; Auvergne; Bretagne. Paris, s. a. - Danilowicz, L'art rustique français: Art provençal. Nancy, s. a. - Rouchon, La vie paysanne dans la Haute-Loire. Le Puy-en-Velay. 1933, I, 42, y sigs. - G. Brocherel, Arte popolare valdostana. Roma, 1937; id., La valle d'Aosta. 2 tomos. Novara, 1932, 1933.

vecinas, y son estas fargas las que proveyeron durante centurias los hogares del Alto Pallars y de sus alrededores. Así se explica la abundancia de morillos, cadenas suspendidas encima del llar, parrillas para tostar carne o para tostar pan, tederos, etc. que adornan todavía hoy los hogares de las humildes viviendas de esa región. Junto a las formas simples, pero siempre bien estilizadas, aparecen otras de una técnica constructiva superior. Entre ellas las cadenas de los lares utilizadas en el Pallars merecen una atención particular. En las comarcas meridionales de Cataluña las cadenas son de forma extremadamente sencilla, como en el resto de la Península, en Italia y la Francia meridional. Unicamente en el Alto Pallars forman conjuntos de piezas artísticamente trabajadas que contrastan notablemente con la modestia de los hogares que ornamentan. Esta singularidad confirma una vez más la laboriosidad y el gusto artístico que desplegaban en la industria del hierro esos valles pirenaicos desconocidos del mundo y la proyección que ésta tuvo en el decoro del hogar pallarés. En este aspecto se identifica el Pallars, dentro de la Romania, tan sólo con Lorena en Francia, "reino del hierro" como aquél, con la notable diferencia, sin embargo, de que en Lorena y sus zonas colindantes hoy día sólo se encuentra en museos y en colecciones de aficionados (12) lo que vive en las casas del Pallars con toda la vigencia de antaño.

Entre los materiales usados en la cestería de Cataluña predominan como en toda la zona septentrional de España, ramas de avellanos, mimbres y cañas. Mucho más sorprenden las vasijas hechas de paja que, junto con esta clase de cestería, aparecen esporádicamente en algunos valles de los Pirineos. Ya llamé la atención sobre este hecho en Hochpyrenäen C II, 390-393, aduciendo paralelos de otras regiones y otros países. Volvemos ahora a este tema, pues implica, según veremos en seguida, problemas etnográficos de gran interés. Trátase de recipientes en forma de ánforas bastante espaciosas o de recipientes más bajos y aplanados, construídos en espiral y destinados a guardar cereales, legumbres, etc. Según el señor Violant i Simorra (pág. 84 de su obra) tales recipientes hechos de paja tejida en técnica espiral "antiguamente no se usaban tan sólo en el Pirineo y Prepirineo catalán, como demuestran diversos datos recogidos acá y allá (Ribagorça, Pallars, Empordà, la Selva), sino también en Mallorca, las Canarias, Castilla, León, etc. y en otros países europeos, entre ellos

<sup>(12)</sup> Compárese Hochpyrenäen A II, 136 y sigs. y en cuanto a la industria del hierro en Lorena y las comarcas colindantes: Ch. Sadoul, L'art rustique en France. I. La Lorraine. Paris, s. a., págs. 46 y sigs.; M. E. Violet, La ferronnerie populaire du Mâconnais. Tournus, 1933.

Checoeslovaquia". Vale la pena fijar exactamente el área geográfica de la difusión del objeto, denominado pallussa o pallissa en catalán, pues ella importa mucho en la discusión del problema. En efecto la pallussa se encuentra en algunos pueblos de Ribagorza, del Pallars, etc., también en Mallorca; está atestiguada también en partes de Aragón (Vió-Fanlo; Fablo) y del país vasco (véase la fotografía publicada en Anuario de Eusko-Folklore VII, 96). Pero en ninguno de estos casos constituye la regla. Lo mismo vale para la hurona del Bierzo, la escriña del norte de la provincia de León y la nalsa salmantina. Como en los Pirineos, la tinaja hecha de paja y tejida generalmente en dichas regiones con zarza o mimbre, aparece sólo esporádicamente en el Oeste (en Portugal parece ser desconocida completamente). Exagera pues sumamente Hoyos Sáinz (13), diciendo que es muy frecuente en esa zona. En Castilla el escriño ya está atestiguado por el Dicc. Aut.: "cesta o canasta ancha de boca, y alta más de media vara, fabricada de pajas largas, y después cosidas con mimbres delgados o con cáñamo, de que usan mucho en los lugares para recoger el salvado y las granzas de los granos. También se hacen más pequeños, y destos usan los carreteros y boyeros para dar de comer a los bueyes cuando van camino". Da la misma definición el Dicc. Ac. Esp., pero no sabemos nada concreto sobre su difusión actual. En cuanto a las Canarias, a las que se refiere nuestro distinguido amigo, hay que hacer distinción entre el balayo hecho de esparto o de junco trenzado y la balaya formada de pleitas de paja dispuestas en forma circular y cosidas con tiras delgadas de zarza (14)

En cuanto al resto de Europa hay que recordar la delimitación geográfica del objeto dada por S. Erixon y que concuerda perfectamente con nuestras propias observaciones. Los escriños de paja utilizados como receptáculos de granos etc. —dice el etnógrafo sueco— se encuentran "with northern limit in South-west Sweden and otherwise evident throughout West Europe down to Spain and with the eastern limit on the East Baltic coast, Poland, Hungary and the Balkans" (15). Pero hay que advertir que —en contraste a lo que observamos en la Península Ibérica— el escriño no aparece en esa vasta zona tan sólo esporádicamente, sino que constituye en ella

<sup>(13)</sup> L. de Hoyos Sáinz, Manual de folklore. Madrid, 1947, pág. 557.

Véase descripción y dibujos en S. de Lugo, Colección de voces y frases provinciales de Canarias. La Laguna de Tenerife, 1946, págs. 61-62.

<sup>(15)</sup> S. Erixon, West European Connections and Culture Relations. En: Folk-Liv 1938, pág. 157.

ya por tradición una parte integrante del ajuar. Así lo encontramos en la Baja Alemania (16), de donde irradió hacia la Frislandia septentrional (17) y el Sudoeste de Suecia por un lado y hacia las provincias bálticas (18) y Polonia (19), por el otro; en Estiria (20) y en el Böhmerwald (Checoeslovaquia de hoy) (21), de donde se propagó a los Balkanes (22); también en toda la zona occidental desde el Sundgau (23) y la Selva Negra (21) hasta el Sarre (25), Luxemburgo (26) y las provincias rhenanas (27). De aquí lo seguimos a través de Bélgica, país particularmente dedicado a los trabajos de paja (28), a las zonas colindantes de Francia - Ardenas (29), Lorena (30), Franco Condado (31) -, del extremo Suroeste de Alemania, de Suiza (32) y el Franco Condado a los Alpes franceses y el Valle de Aosta

(17) Peters, Nordfriesland, pág. 345.

(19) Schultz, Ethnographischer Bilderatlas von Polen, Nº 105.
(20) V. Theiss, Steiermark. Weimar, s. a., pág. 31, láms. 31-32.

(22) Haberlandt - Buschan, Völkerkunde. Stuttgart, 1926, II, 504.

Oberdeutsche Zeitschrift für Volkskunde XVI, 64, 65.

(24) P. Kettel, Deutsche Hausindustrie. Leipzig, 1936, pág. 32.
(25) Ardouin - Dumazet, Petites industries rurales, pág. 126.

(26) J. Hess, Luxemburger Volksleben. Grevenmacher, 1939, págs. 59, 61.

(27) A. Wrede, Rheinische Volkskunde. Leipzig, 1929, lám. 19.

(28) Para datos bibliográficos sobre Bélgica y Francia remito a Hochpyrenäen C II, 390-393.

(29) A. Vauchelet, Tous les patois des Ardennes. Charleville, 1940, pág. 120; Bruneau, Enquête linguistique sur les patois d'Ardenne. II, 54; FEW II, 241<sup>b</sup>.

(30) Westphalen, pág. 752: borache.

(31) Beauquier, Faune et flore populaire de la Franche-Comté, Paris, 1910, II, 319.

Usteri, Croquis de la vie des femmes au pays d'Enhaut. Zürich-Erlenbach 1940, pág. 51 y C. Delachaux, Le tressage de la paille au Pays - d'Enhaut. Schweizerisches Archiv für Volkskunde 1946, XLIII, 621-631 ("Il n'est pas probable que le tressage de la paille ait été en usage avant le 19 siècle").

<sup>16)</sup> W. Bomann, Bäuerliches Hauswesen und Tagewerk im alten Niedersachsen. Weimar<sup>2</sup>, 1929, pág. 145.

<sup>(18)</sup> R. Karutz, Die Völker Europas. Stuttgart, 1926, págs. 25, 33; I. Manninen, Die Sachkultur Estlands. Tartu, 1933, II, 159; A. Bielenstein, Die Holzbauten und Holzgeräte der Letten. St. Petersburg, 1907, pág. 365.

<sup>(21)</sup> J. Blau, Böhmerwälder Hausindustrie. Prag, 1917, I, 396 y sigs.

(en el extremo NO de Italia) (33). En el centro de Francia el escriño ocupa una vasta zona formada por el Macizo Central y sus zonas colindantes (Auvergne, Berry, Bourbonnais, Limousin, Périgord, Vivarais y Rouergue). Debe haber existido también en todo el Norte. Domina por fin, en contacto directo con la zona central, en la Touraine y el Anjou y en el Noroeste, en La Brière y Vendée sobre todo. Aparece esporádicamente por fin en Aunis-Saintonge, Gascogne y los Pirineos.

En cuanto a Italia mi documentación es bastante escasa. Es cierto que hay cestas de paja empleadas para diversos usos en el Norte y en el centro de ese país (34), particularmente en la Toscana y las Marche donde abundan los trabajos de paja (35). Pero son evidentemente distintos de las ánforas prevalecientes en las regiones mencionadas arriba, tanto por su forma (comúnmente cilíndrica) como por el material empleado (cañizo, junco, etc.), los receptáculos usados para guardar cereales, etc. en el Sur de Italia y en Cerdeña (36).

Dedúcese de las observaciones anteriores que el tipo de pallussa que encontramos en los Pirineos está particularmente vinculado al Norte de Europa, mejor dicho a aquellas regiones que en la trilla de cereales empleaban antes bastones, mayales u otros instrumentos por el estilo, práctica que les permitía conservar la paja larga y utilizarla para diversos objetos (37). No hay más que comparar el área de difusión de este método de trillar los cereales (trátase casi exclusivamente del centeno) con la de la pallussa para comprobar la coincidencia casi absoluta de ellas: en el Oeste

<sup>(33)</sup> Brocherel, Arte popolare valdostana. Roma, 1937, fig. 280. En los Alpes franceses el escriño tejido de paja se encuentra hasta el d<sup>pt</sup> du Var; sobre los tipos de este último puede compararse A. Blinkenberg, Lobbinding i Provence, artículo publicado en Sprog og Kultur 1939, VII, 137-138.

<sup>(34)</sup> AIS VIII, 1942, obra que actualmente no está a mi alcance. Tienen pues mis indicaciones sobre Italia un carácter provisional.

<sup>(35)</sup> L. Petrali Castaldi, l'opre leggiadre. Milano, 1929, págs. 154, 351 y sigs. Peasant Art in Italy. Special Number of the Studio, 1913, págs. 22 y sigs.

Corregir mi referencia a Wagner en Hochpyrenäen C II, 391, nota 63, pues no se trata de vasijas tejidas de paja sino de junco. En cambio la técnica italiana de tejer paja ha influído sobre Suiza y el Sudoeste de Alemania (Spamer, Die deutsche Volkskunde. Leipzig, 1937, II, 329<sup>a</sup>).

dio de bastones), y la industria de la paja floreciente en la Toscana el señor Scheuermeier en Travaux du 1er Congrès International de Folklore. Tours, 1938, pág. 93.

de Francia, en el Macizo Central, en los Alpes, en el Norte y en la zona oriental, en contacto inmediato con Alemania, país predilecto de centeno, y los demás países ya aludidos. Compréndese perfectamente que los paisanos de tales países de paja larga se especializaron pronto en el arte de utilizar un material tan provechoso, empleándolo para la cubierta de las casas - práctica en la que los habitantes de ciertas regiones se han hecho verdaderos artistas— y en la confección de numerosos objetos. Parece pues permitido suponer que el empleo de la paja para la fabricación de escriños y otros objetos parecidos se originó en aquellos países del Norte que la han conservado más fielmente como arte doméstica hasta los tiempos recientes, probablemente en el Norte de Germania de donde se propagó a otros países. Los escriños hallados en la Península Ibérica serían pues como las últimas estribaciones de una expansión cultural que irradiando del Norte conquistó grandes partes de Francia, Suiza e Italia para dejar en los países meridionales tan sólo vestigios aislados. En cuanto a las pallussas pirenaicas, pueden haber venido de la vertiente Norte (donde igualmente existen), si no hay que relacionarlas con los escriños castellanos de cuya historia tan poco sabemos.

Esta suposición gana en probabilidad y hasta se convierte en certeza, si consideramos la génesis y la difusión de otros objetos. Me refiero en primer lugar a determinados tipos de la colmena, igualmente formados de paja en la forma típica espiral y cuya historia y repartición geográfica ha sido perfectamente establecida por investigaciones recientes (38). Reduciendo la gran variedad de formas difundidas por la Romania a dos tipos fundamentales podemos distinguir entre las colmenas propias de los países meridionales (Península Ibérica, Italia, Francia Meridional) —colmenas hechas de troncos de árboles ahuecados, de corteza, de tablas de madera, de ramas entretejidas, etc.— y las colmenas formadas de paja que dan una nota particular a los países del Norte. La aplicación de la técnica espiral a las colmenas de paja, técnica que evidentemente supera a la utilización de troncos de árboles, corteza, etc. para el mismo objeto es, según toda probabilidad, una invención de los pueblos de la Germania occidental, zona que más que ninguna otra ha sido fiel a la antigua tradición como demuestran los magníficos ejemplares de la Baja Alemania, Westfalia, provincias rhe-

Neumünster, 1926; L. Armbruster, Die alte Bienenzucht der Alpen. Neumünster, 1928; Br. Schier, Der Bienenstand in Mitteleuropa, Leipzig, 1939; W. Brinkmann, Bienenstock und Bienenstand in den romanischen Ländern. Hamburg, 1938; M. Sooder, Die alten Bienenwohnungen der Schweiz. Schweizerisches Archiv für Volkskunde 1946, XLIII, 588-620.

nanas, Países Bajos, etc. Del Norte de la Baja Alemania la colmena de paja se propagó hacia Yutlandia, las Islas Danesas, el sur de Suecia y a las provincias bálticas (39), exactamente como los escriños de que hablábamos antes. Observamos la misma propagación de colmenas de paja y escrinos también en el Este y Sudeste de Europa (Polonia, Croacia (40), Hungría, Rumania, Estiria). Asimismo en los países románicos la convergencia de las áreas geográficas es casi completa. Como en otras partes de los Alpes el tipo alemánico de la colmena de paja ha conquistado la zona occidental de Suiza y los valles superiores del Tesino; formas parecidas aparecen también en el Jura francés. Los Alpes franceses, en los que observamos con cierta frecuencia escriños de paja, se han sustraído sin embargo (según los informes de que disponemos) en cuanto a la colmena de paja, del influjo del Norte; en cambio ésta ha empezado a implantarse en algunos valles del extremo Noroeste de Piamonte, como el escriño observado en el Valle de Aosta (pág. 175). Ha conquistado el este de Francia (por intermedio de Alsacia y Lorena) y, desde hace mucho, el Norte, el Noroeste y el Macizo Central, donde coincide casi completamente con la difusión del escriño. Lo mismo se observa en la zona occidental donde la colmena de paja aparece en el Anjou, en el Poitou (sin localización exacta) y —trasplantada por un apicultor directamente del Norte— en la región de las Landes (Sudoeste). Sin embargo no ha podido arraigar en ninguna parte de los países meridionales (incluso la Francia del Sur). Ha sido atestiguada tan sólo en Aragón y Guadalajara, por una parte, y en las provincias italianas de Firenze y Arezzo por la otra; parece que hay congruencia con la aparición esporádica del escriño en esos países (pág. 176).

Otro ejemplo típico del arte de tejer la paja en forma de espiral para la confección de vasijas, lo presenta el mol de circular utilizado par a poner la masa de pan antes de hornearlo (41). Encontramos este utensilio, que no es desconocido en otras partes de Alemania, con frecuencia en la zona occidental (Wurtemberg (42), región de Mosela (43),

(41) Cp. Hochpyrenäen A II, 295, donde el lector encontrará referencias a los Pirineos catalanes, Valle de Arán y Francia.

(42) Lohss, Der landwirtschaftliche Wortschatz Wüttembergs. Heidelberg, pág. 101-102.

(43) A. Bach, Deutsche Volkskunde. Leipzig, 1937, pág. 232: kurbel.

<sup>(39)</sup> Manninen, Die Sachkultur Estlands II, 178 (importadas en el siglo XVIII).

<sup>(40)</sup> Br. Schier, pág. 61; M. Gavazzi, Der Aufbau der kroatischen Volkskultur. En: Baesler-Archiv 1937, págs. 142, 166.

Luxemburgo (44), Eifel (45), y provincias rhenanas (46), donde lleva la designación romance kurbel, derivado de CORBICULA, francés corbeille) en contacto directo con el país valón (catoire, FEW II, 333) (47), el Nordeste de Francia (ib.), las Ardenas (48) y la Borgoña (49) así como en muchas otras regiones de Francia, como p. ej. en el Macizo Central (Auvergne (50), Haute-Loire (51), Vivarais (52), en el Noroeste (Bas-Maine, Mauges, etc.) (53), en el Poitou (54), en el Quercy (y más hacia el Sur) (55), y esporádicamente en Gascuña (56). Es frecuentísima la designación paillassou en los dialectos meridionales (= ant. prov. palhason 'natte de paille') y las variantes paillon, paillasse, paillasson en dialectos del Norte; en el Rosellón y en Cataluña este mismo término se encuentra con la denominación del escriño (pág. 174): pallassó 'cistell de posar el pa' Elne (BDC XX, 307), pallissó 'panera on se posa el pa abans d'enfornar' Empordà, Girona (ib. 314; fot. 37: Vall d'Aneu, formado de paja, como lo señala también Violant i Simorra, págs. 84-85, al lado de pallissons hechos de mimbres). También el paé del Valle de Arán puede ser hecho de paja (57).

<sup>(44)</sup> J. Hess, Luxemburger Volksleben, pág. 58: kurbeln.

<sup>(45)</sup> A. Wrede, Eifeler Volkskunde. Leipzig, 1924<sup>2</sup>, págs. 193-194.

<sup>(46)</sup> Rheinisches Wörterbuch IV, 1756-1757 s. v. kurbel.

<sup>(47)</sup> Haust, Dictionnaire liégeois, s. v., fig. 183; Brinkmann 137-138.

<sup>(48)</sup> Vauchelet, Tous les patois des Ardennes, pág. 146; Bruneau, Enquête linguistique II, 54. No puedo averiguar si las corbio, corbaye lorenas son de paja. No satisface tampoco el dibujo presentado por Boillot, Le français régional de la Grand'Combe. Paris, s. a., pág. 178

<sup>(49)</sup> E. Violet, Vignerons et fileuses. Mâcon, 1934, págs. 29-30.

<sup>(50)</sup> Haberlandt-Buschan, Völkerkunde, pág. 245 (foto).

<sup>(51)</sup> Rouchon I, 122.

<sup>(52)</sup> Dornheim, VKR IX, 354; Reynier, Le pays de Vivarais. Valence, 1934, lám. XXIII.

Dottin, Bas-Maine s. v. ruchot, paillon; Brinkmann 117; FEW IV, 12 sobre el tipo gède, jatte. El tipo binette, binet difundido también en el NO (FEW J, 326 b) se extiende hasta la Normandía (Seguin, Vieux mangers, vieux parlers bas-normands. Paris, 1938, pág. 34: bine, jadot, ruchot).

<sup>(54)</sup> Habla de la "corbeille de pain" R. Bazin, La terre qui meurt. Supongo que será hecho de paja como la bourgne y el bourgnaou de esa región definidos como 'vaisseau de paille où l'on met les fruits secs' FEW I, 568, 569.

<sup>(55)</sup> Meyer, VKR VI, 86, 87.

<sup>(56)</sup> Beyer, VKR XVI, 13, 14.

<sup>(57)</sup> Cp. Hochpyrenäen A II, 295.

Por insuficientes que sean estos datos bastan completamente, junto con los anteriores, sobre la colmena de paja y el escriño, para sacar las conclusiones siguientes:

- 1. La pallussa catalana forma parte de una numerosa familia a la que no pertenecen tan sólo los escriños, sino también las colmenas y los moldes de pan fabricados de paja.
- 2. Todos estos objetos denuncian una técnica común que es la espiral aplicada al tejido de paja.
- 3. Vinculados a esta técnica el escriño, la colmena y el molde de pan tienen además áreas de difusión geográfica convergentes. Los utensilios menores, tales como el molde de pan y el escriño, han ensanchado su área irradiándose hacia los Alpes franceses y el Sur de Francia. De aquí han pasado por los Pirineos.
- 4. La técnica de espiral aplicada a la paja es un arte típicamente nórdico: tiene su mayor difusión en Alemania y sus zonas de irradiación, en el Este, centro, Norte y Noroeste de Francia. De la Francia septentrional se propagó en algunos casos hacia el Sur, esporádicamente hasta España.
- 5. La técnica espiral de la paja se originó, como lo demuestra claramente la historia de la colmena de paja, en Alemania, probablemente en la zona Norte de ese país. De allí se propagó en direcciones distintas: hacia el Norte (hasta Suecia y las provincias bálticas), el Este (Polonia, Balkanes) y el Oeste donde ocupó todo el Norte y el centro de Francia. En algunos casos la expansión es de fecha relativamente reciente (siglos XVIII y XIX); en Francia según toda probabilidad es bastante anterior.
- 6. Transmitida por intermedio de Francia, la pallussa catalana que ha motivado estas divagaciones, representa —como la colmena de paja y el escriño atestiguados esporádicamente en el interior y el Oeste de España— una de las últimas estribaciones de una técnica que da a la cultura nórdica un sello particular.

\* \* \*

En 1937 el folklorista inglés Violet Alford declaró en su interesante libro sobre *Pyrenean Festivals*, refiriéndose a la fiesta de Navidad en los Pirineos: "The Church Christmas is not of importance as a folk festival" (pág. 13) e insistió en esta aseveración al agregar en la pág. 68: "Modern

Christmas is not of much account as we have seen" (58). En efecto, los datos acerca de usos y costumbres de Navidad en su libro son insignificantes. Sin embargo, la realidad es distinta de lo que manifestó el folklorista inglés. Es verdad que en los Pirineos —como en otras tantas partes de la Península— va desapareciendo paulatinamente el ritual popular de la fiesta y que hasta son raras en algunos valles las huellas que han dejado las costumbres y usos de antaño. Lo mismo puede decirse del resto de Cataluña. En cambio hay otras regiones más conservadoras -particularmente en la sierra— que no han perdido la tradición ancestral. Corresponde al señor Violant i Simorra el gran mérito de haber sacado del olvido estas joyas folklóricas en su obra El Llibre de Nadal, como las dos anteriores magnificamente presentada. Fué en 1945, en una de sus excursiones etnográficas por los Pirineos, que le llamaron la atención los ritos raros y evidentemente antiguos que en esos valles apartados del mundo aparecen todavía hoy vinculados con la fiesta de Navidad. Encuestas posteriores realizadas sistemáticamente en el terreno (a raíz de un cuestionario bien preparado) le suministraron nuevos materiales insospechados los que, junto con las observaciones dispersas hechas en la literatura folklórica, forman la base de la presente publicación.

Predominan en ésta, como es natural, los Pirineos; pero ocupa un lugar importante también el resto de Cataluña, de manera que el libro presente puede considerarse como el primer ensayo sobre una visión de conjunto de las tradiciones populares vinculadas con la fiesta de Navidad en ese país. A ellas está dedicada la primera parte de la obra (págs. 1-109: El Nadal a Catalunya) la cual por la novedad de los materiales presentados llama particularmente la atención. Pero no es éste el único fin del autor. Procura ilustrar las tradiciones catalanas por medio de comparaciones, aunque sin agotar el inmenso caudal folklórico que ofrece la fiesta de Navidad en otros países. La segunda parte de la obra trata pues de Elements de la festa de Nadal a fora de Catalunya (págs. 110-171). En el tercer y último capítulo de su obra el autor hace consideraciones sobre el origen de la fiesta (págs. 173-228) con el objeto de exponer a sus compatriotas los problemas científicos que encierra el estudio de ese tema. Hay que reconocer el esfuerzo que ha hecho para elucidar una materia tan complicada basándose sobre Frazer, Mogk y otras autoridades. Pero como no tuvo a su disposición ciertas publicaciones recientes que nos parecen fundamentales, o por lo menos indispensables, para la discusión de los proble-

<sup>(58)</sup> Violet Alford, Pyrenean Festivals. Calendar Customs, Music and Magic Drama, Dance. London 1937.

mas (el Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens, la obra de H. Freudenthal sobre los ritos del fuego (59), los estudios de Van Gennep, Spamer, Geiger, etc.), no insistimos en ellos.

Compréndese perfectamente que en el capítulo segundo, dedicado a la fiesta de Navidad fuera de Cataluña, las comparaciones con las regiones vecinas, Aragón y el país vasco sobre todo, y con la Provenza tan rica en tradiciones de Navidad parecidas a las de Cataluña, desempeñan un papel particular (60). Las referencias al resto de España son escasas y esto se explica fácilmente considerando la carencia casi absoluta de informes concretos. Es de lamentar, sin embargo, que el autor no haya prestado más atención a Portugal donde habría encontrado numerosos contactos con las tradiciones catalanas. Es verdad que también en Portugal falta todavía una obra que permita la visión panorámica de las tradiciones populares de Navidad basada en encuestas sistemáticas como las realizadas por el autor del Llibre de Nadal a Cataluña; pero las observaciones hechas por folkloristas portugueses en determinadas regiones, el capítulo que H. Urtel dedicó al calendario de Navidad en sus Beiträge zur portugiesischen Volkskunde (61) y los opúsculos recientes de L. Chaves (62) y Afonso Duarte (63) ya bastan para destacar el gran interés que la Navidad portuguesa merece desde el punto de vista comparativo. No cabe duda que en la zona periférica del Oeste se han conservado hasta hoy numerosos elementos arcaicos que ya no existen en el centro de la Península, pero que se relacionan estrechamente con las costumbres de Navidad vigentes en Cataluña y en otras regiones conservadoras de la Romania.

<sup>(59)</sup> H. Freudenthal, Das Feuer im deutschen Glauben und Brauch. Berlin, 1931.

<sup>(60)</sup> Remito a mi artículo Volkskundliches aus der Provence, publicado en Philologische Studien aus dem romanisch-germanischen Kulturkeis. Festschrift K. Voretzsch. Halle, 1927, donde el lector encontrará (págs. 328-330) una descripción de la fiesta de Navidad provenzal y notas bibliográficas que pueden servir de complemento a las presentadas por Violant i Simorra (Comte de Villeneuve, Millin, Bourrilly, etc.). Compárese además W Flusser, Provenzalische Weihnachten. Eine volkskundlich-literarhistorische Untersuchung. ZRPh, 1931, LI, 1-58, 129-193 (falta en la bibliografía de Van Gennep).

<sup>(61)</sup> H. Urtel, Beiträge zur portugiesischen Volkskunde. Hamburg, 1928.

<sup>(62)</sup> L. Chaves, Natal Português. Lisboa, 1942; Portugal àlém. Gaia, 1932, I, 21 y sigs.

<sup>(63)</sup> A. Duarte, O ciclo do Natal na literatura oral portuguesa. Barcelos, 1936.

La venida de Cristo al mundo se anuncia en el mes de diciembre y por esto ha tomado en Andorra y el Valle de Arán —como en muchas regiones del Noroeste y Oeste— el nombre de Adviento. Son variadísimos los refranes populares que se refieren al tiempo de Adviento y a la agricultura, según se deduce más claramente todavía del rico repertorio presentado por Mons. A. Griera en su Tresor I, 68-69; V, 71: Cada cosa a son temps, naps i cols a l'advent, refrán al que corresponde en Portugal: Tudo tem seu tempo e os nabos em advento. Era una costumbre común en Cataluña anunciar la fiesta de Navidad tocando o repicando las campanas durante las semanas de Adviento. En Portugal tocan de día o de noche para o Menino Deus.

Desde fines del siglo XVIII se organizaban en Barcelona ferias de Navidad, la de Santa Llucia y la de Sant Tomás, en las cuales se exhibían junto con mil otras cosas betlems o pesebres decorados con figuras de arcilla, unas bíblicas y otras marcadamente populares tales como las que se han conservado, más que en la tradición peninsular, en las Baleares. Insiste el señor Violant (págs. 81, 170-171) en la semejanza que hay entre esas figuras de pesebre (repetimos hechas de arcilla y de carácter popular) con los santouns provenzales (escribe erróneamente sautons) y las que aparecen también en pesebres de Italia, Portugal, Tirol y algunos otros países. Es cierto que esas figuras, a pesar de estar arraigadas en una tradición bastante remota (la de los misterios y de los pesebres medievales), en sus modelaciones populares son de fecha relativamente reciente. En Provenza no se remontan más allá del tercer tercio del siglo XVIII para tomar desde esa fecha una extraordinaria evolución; ya en 1803 se inauguró en el Cours Saint-Louis de Marsella la primera feria de santouns, tradición no interrumpida hasta los tiempos modernos (64). También en Italia (65) las figuras más antiguas de ese tipo -hechas de terracota o bien de madera, a las cuales cabe agregar además las fabricadas de paño y seda- pertenecen al mismo siglo. Adaptadas al gusto popular y hasta provistas de expresivas caracte-

(64) Hay que agregar a la bibliografía citada en Volkskundliches aus der Provence. G. Arnaud d'Agnel, Les santons de Provence. Cannes, s. a., 47 págs. Numerosas gravuras en color.

<sup>(65)</sup> Sobre el presepio italiano existe una abundante bibliografía. Nos limitamos a citar de entre las publicaciones recientes las siguientes: V. Correia, Etnografía artística. Porto, 1916 (págs. 133-136: O presepio napoletano); Peasant Art in Italy. Special Autumn Number of the Studio. London, 1913, págs. 38-39, láms. 328 y sigs.; Catalogo della Mostra di Etnografía Italiana. Esposizione Internazionale di Roma 1911, págs. 94, passim; Lares V, 240 y sigs. 270-281; VI, 144-146; etc.

rísticas regionales, las figuras del presepio italiano representan una actividad artística —pues este humilde pero exquisito trabajo no fué desdeñado por la afición o dedicación de eminentes artistas— que no tiene igual en ningún otro país de la Romania. Desde Nápoles, donde hay que buscar la cuna de ese movimiento artístico y popular a la vez, la tradición iniciada por ella se propagó a otras regiones, a Calabria y Palermo, a Roma, Liguria y Piamonte, donde encontró una acogida particularmente favorable entre los pastores diestros ya en el arte popular. De Italia irradió a Tirol (66) y a los Alpes franceses (67) de donde, según toda probabilidad, tomó también el modelo la Provenza cuya cerámica resultaba inmejorable para la ejecución de tales objetos. Cabe insistir aquí sobre la expresividad de las figuras creadas por los artistas provenzales, pues nos permite reconstruir como la de las figuras napolitanas— trajes y tipos de los tiempos pasados. Tal popularismo ya no caracteriza a las figuras del pesebre catalán, si exceptuamos los pocos ejemplos de origen balear. Esto no impide admitir que también Cataluña al crear una nueva tradición —más popular y doméstica— en el culto a los pesebres, se inspiró en los modelos extranjeros, sea directamente en Italia o por intermedio de la Provenza. Con esta teoría, que someto al juicio de especialistas más competentes, concuerda perfectamente el hecho de que las ferias de pesebres a que nos referimos no aparecen en Barcelona antes de fines del siglo XVIII, es decir, en la misma época en que comenzó a acrecentarse el arte de los pesebres populares en dichos países. Hay que advertir además que los intermediarios del nuevo arte fueron las ciudades: en Italia, Nápoles, en la Provenza, Marsella y en Cataluña, la capital del país, Barcelona; de ellas poco a poco se difundieron a otros centros industriales particularmente propicios para tales trabajos.

M. Wähler, Der deutsche Volkscharakter. Jena, 1937, pág. 371: "Die Krippe erscheint im 18. Jahrhundert bereits allenthalben im Tiroler Bauernhaus... In den älteren Krippen wird das Geschehen, wie es das Evangelium schildert, in eine tirolische Umwelt gestellt; die verschiedensten Formen tirolischen Volkslebens kommen zur Darstellung". Alberga una rica colección de pesebres el Museo folklórico de Viena (A. Haberlandt, Führer durch das Museum für Volkskunde. Wien, 1930, págs. 14 y sigs.).

douze jours dans les coutumes et croyances populaires de la Savoie. En: Revue de l'Institut de Sociologie VII, 1927, pág. 39: 'on peut admettre que les crèches de Maurienne sont venues d'Italie...' Lo mismo puede decirse del Delfinado. Adviértase que los pesebres decorados con figuras populares se encuentran también en el Franco Condado (Ch. Beauquier, Les mois en Franche-Comté. Paris, 1900, págs. 149 y sigs.).

No hay que olvidar a Portugal, en donde la fabricación de muñecas de barro ocupa todavía en la actualidad un sitio preeminente en el arte popular tan rico de ese país (68). Son numerosos los "artistas del barro" que hicieron pesebres y numerosísimos los "muñequeros" que les dan su sello marcadamente popular. También en Portugal la costumbres de representar plásticamente tipos populares en barro data del siglo XVIII. En esa época —dice el Dr. L. Chaves, especializado en dicha materia — "completava-se o elenco das personagens dos presépios enchendo o presépio de representantes de todas as classes sociais". Exhíbese todavía en el Museu das Janelas Verdes la representación de pesebres de aquella época con la gracia festiva de una romería minota, con pobres, pastores, arrieros, cenas rurales o urbanas, como la matanza del puerco, y los galanteos junto a la fuente, cuadros de folklore y de religión tan sugestivos en lo psicológico como en lo decorativo. El arte de los "barristas" portugueses ha sido ya objeto de numerosos estudios y exposiciones. Falta tan sólo saber si la popularización del escenario bíblico que tanta semejanza tiene con la observada en otros países —Italia, Provenza, Cataluña— es el producto de una evolución espontánea o —lo que me parece más probable— el resultado de impulsos recibidos de fuera.

En el Alto Aragón unos cuantos días antes de Navidad buscan en el monte un tronco de árbol grueso (en ocasiones tan enorme que se necesitan dos parejas de bueyes para arrastrarlo desde el bosque a la casa) y lo ponen la víspera de la fiesta en el hogar. Lo encienden y lo dejan ardiendo, sin apagarse, toda la noche, hasta Reyes o la Candelaria; en algunos casos el tronco arde durante todo el año hasta la próxima Navidad. Es por lo general el dueño o el más viejo de la casa quien enciende el tizón, después de haberle dirigido un sermón, persignándolo y echándole con un porrón un chorro de vino en forma de cruz. Trátase, como se ve fácilmente, de un rito antiguo —originado en el culto al fuego sagrado del hogar— que se parece en todos los detalles a la escena de la Navidad provenzal descrita por el poeta Fr. Mistral y representada en forma concreta en el Museo

<sup>(68)</sup> L. Chaves, Portugal àlém. Gaia, 1932, págs. 22, 27 y sigs.; Ilustração Nº 329, 1-9-1939; Leite de Vasconcelos, Historia do Museu Etnológico Português. Lisboa, 1915, págs. 214, 395; Santos Júnior, Bonecos de barro. Artículo muy instructivo publicado en Vida e Arte do Povo Português. Lisboa, 1940, págs. 237-242 (con más referencias bibliográficas); Barristas portugueses: Natal de 1938. Lisboa, 1938 (Exposição promovida pela Academia Nacional de Belas Artes).

Arlaten creado por él. En la zona catalana este rito doméstico se ha convertido en un motivo de regocijo infantil y familiar ya que el tizón es portador de turrones, higos secos y otras golosinas. Llevan los padres el leño al lado del hogar y lo rellenan con dulces; una vez dispuesto el tronco, los niños lo golpean acompañando este acto con unos versos para hacer soltar el contenido. Esta costumbre, que representa una variante de la primera, está (o estaba antes) difundida por muchas partes de Francia de donde parece haber sido transplantada a Cataluña. Sea como fuere, la combustión del tizón de Navidad y los diversos usos y costumbres vinculados con ella representan un culto antiquísimo que —contrariamente a lo que se observa en los países germánicos, donde desde hace tiempo casi ha desaparecido—ha dejado sus huellas hasta el presente en muchos países de la Romania. Entre ellos Cataluña, Las Baleares y los Pirineos españoles se distinguen por un carácter particularmente arcaico, como se puede desprender de los ricos materiales presentados por el Sr. Violant i Simorra.

El tizón de Navidad lleva las designaciones siguientes: tió (Ampurdán etc.) = tizón de Navidad Gistain, Nadau tidun Valle de Arán - la tronca de Nadal Pont de Suert, Esterri d'Aneu, la tronca Vilaller, Llesp, etc., la troncada Ansó - la toza Biescas - rabassa de Nadal Pont de Suert, etc., rabassa Pallars Sobirà - soca Balaguer. A estos términos recogidos por el autor pueden agregarse los siguientes: choca Graus (BDC VII, 78), frente a tronca Benavarre, baga (Griera, Tresor s. v.) y capçal Nules (ib. III, 168: "Qui vulga bon Nadal, procuri bon capçal"). Encontramos el mismo término cabessau, catsau, al lado de catsé, en los dialectos gascones (Lespy; Palay; FEW II, 262 b), frente a souc en la zona oriental de los Pirineos franceses (Folklore Aude I, 190-191), sou de Nadau en otras partes de Languedoc (TF).

Lo que sorprende es que el tizón de Navidad, tan arraigado en tierras catalanas, en Aragón y en el país vasco, parece ser desconocido hoy en casi todo el resto de España. No lo menciona Pereda en su "Noche de Navidad", de manera que seguramente no existe en la Sierra Cantábrica. Hay que internarse en el extremo Noroeste de la Península para encontrar huellas de él. Existe en las sierras leonesas, donde le dan la denominación de tizón de lume novo (zona gallega de Sanabria) y en Galicia, donde se enciende el tizón de Nadal y se conserva para cuando una desgracia amenaza a la familia pues las cenizas sirven para curar la fiebre, etc. (69). Son muy parecidos los conceptos que se tienen del tizón de Navidad en Portu-

<sup>(69)</sup> V. Risco, Notas en col do culto do lume na Galiza. En: Home-

gal, donde el cepo de Natal (o sea madeiro o canhoto) antes tenía una gran difusión desde las provincias del Norte hasta Algarve. Es bien conocido el veredicto del obispo de Braga que en el siglo VI prohibió "in foco super truncum frugem et vinum effundere", precioso documento folklórico que demuestra que en aquellos tiempos los miñotos acostumbraban a echar frutas y vino sobre el tizón de Navidad, costumbre que todavía sobrevive en ciertas regiones de la Romania.

En cuanto a Francia, las huellas que el antiguo rito ha dejado hasta fines del siglo pasado son bastante numerosas. Encontramos la bûche de Noël, según ya dijimos antes, en los Pirineos franceses, y en el Suroeste, en Languedoc y la Provenza. Está (o estuvo) difundida por el Macizo Central (incluso Rouergue, Périgord, Limousin y Haute-Loire), en la Touraine (cosse, souche, bûche de Nô), el Anjou, la Vendée ("Frappez sur la bûche de Noël: autant d'étincelles, autant de poulets dans l'année") y el Noroeste (bretón kef nedelek), en el Berry, el Bourbonnais y la Bourgogne así como en los Alpes, en el Franco Condado, Lorena y las Ardenas. El hecho de que se haya conservado en vastas zonas de Francia el hogar antiguo, en el cual se enciende el fuego a ras del suelo, ha contribuído seguramente a conservar también la costumbre del tizón de Navidad. En cambio ésta ha desaparecido en aquellas regiones donde se substituyó (en una época relativamente temprana) el hogar ancestral por la cocina y la "chambre" modernas. Este fenómeno puede observarse particularmente en el extremo Nordeste de Francia (en contacto con Alemania) y, como es natural, también en la zona parisiense. Por esto el kerstblocke atestiguado en Flandres representa un caso tan excepcional en la Francia del NE como su homónimo de la Frisia oriental con respecto a Alemania.

En Suiza viene generalizándose cada vez más el "árbol de Navidad" alemán (70). En cambio sobrevive aún el tizón en gran parte de Italia, particularmente en el centro y las zonas meridionales (71), así como en los Balkanes (72), en las provincias bálticas, etc.

Son numerosos los ritos y creencias populares que se vinculan con la

nagem a Martins Sarmento. Guimarães 1933, pág. 345; Reyero, Montañas del Porma, pág. 111.

<sup>(70)</sup> Véase el mapa instructivo del Atlas folklórico de Suiza.

<sup>(71)</sup> AIS 782.

Al lado de otras fuentes bibliográficas citadas por Violant i Simorra merece particular atención el estudio de Schneeweis, Weihnachts-bräuche der Serbokroaten. Zeitschrift für österreichische Volkskunde, Supplementheft 15.

combustión del tizón de Navidad y la ceniza obtenida de él. De entre los ejemplos recogidos por Violant i Simorra, y que tanta importancia tienen desde el punto de vista comparativo, mencionaremos tan sólo la costumbre de rociar con vino el tronco navideño que observó en el Alto Aragón y que oportunamente compara con la famosa escena inmortalizada por Fr. Mistral en la Provenza (págs. 135 y sigs., 192). Séanos permitido observar que esa misma costumbre cuyo origen pagano ya está atestiguado desde el siglo VI en Portugal (cp. pág. 187), se ha conservado también en el Bajo Delfinado (Valentinois) (73), en Borgoña (Bresse) (74), y en Lorena (75), mientras que en otras partes de Francia el acto solemne ha sido cristianizado por el empleo de agua bendita (o sal). Casi nos inclinamos a suponer que la repartición geográfica actual del rito primitivo —desde la Provenza a lo largo del R. Ródano hasta Lorena—, que tan visiblemente coincide con la difusión de otras características romanas en la antigua Galia, indica la dirección que siguió hace siglos el rito pagano-romano al propagarse en la Francia de hoy. En cuanto al Alto Aragón trátase de la supervivencia del rito primitivo en una región apartada del mundo, como se observa también en Córcega y probablemente en algunas otras partes aisladas de la Romania.

Representan también un residuo de viejas tradiciones, hoy día ya bastante raro en la Romania, las hogueras encendidas en Nochebuena por los mozos al aire libre, en la plaza de la aldea, como las hogueras de San Juan. Considerando la escasez de informes sobre ese rito igualmente antiquísimo, los datos recogidos por V. y S. en Cataluña y más particularmente en los Pirineos (pág. 36 y sigs.; 146: foc de Nadal, falla) son de gran interés. Fuera de Cataluña se encuentran tan sólo dos casos semejantes: el de la Baja Ribagorza y el de Roncal en el país vasco (pág. 146). Hay que advertir sin embargo que tales hogueras encendidas en la plaza pueden observarse asimismo en la vertiente norte de los Pirineos, en el Valle de Arrens por ejemplo. Encuéntranse igualmente en Portugal y, con más frecuencia todavía, en la Italia meridional (76). Existían antes en el Delfinado (77) y en el Franco Condado (donde se encendían también en las vís-

Van Gennep, Le folklore du Dauphiné. Paris, 1933, pág. 370.

(74) G. Jeanton, Le Mâconnais traditionaliste et populaire. Mâcon, 1922, III, 92-93.

Westphalen, Petit dictionnaire des traditions populaires messines, pág. 67. Compárese también sobre este rito Handwörterbuch des deutschen Aberglaubens IX, 293, 898.

<sup>(76)</sup> AIS 782.

<sup>(77)</sup> A. Van Gennep, Le cycle des douze jours, pág. 37.

peras del 1 de Enero y del día de Reyes) (78) y — caso curiosísimo por ser completamente aislado— en la Normandía (79).

Trata el autor además las creencias y prácticas supersticiosas de la Nochebuena: el oficio litúrgico de media noche (misa del gallo), la colación y las costumbres referentes al día de Navidad (donativos, cuestación, comidas tradicionales, canciones). Sin entrar en la discusión de todas esas costumbres, mencionaremos tan sólo la adoración de los pastores en la misa del gallo, de la que el autor cita numerosos ejemplos comparándola particularmente con el uso practicado en la Provenza (pastrage). Es interesante comparar la difusión de esa costumbre en los países europeos: ha conservado una gran vitalidad (como en la Provenza y las partes colindantes de Languedoc) en el extremo Sudoeste de Francia entre los pastores de Gascuña que aparecen en la iglesia cubiertos con su perisse (piel de oveja) tocando el cor (cuerno) y la colamère (especie de flabiol) (80), pero obsérvase con gran frecuencia también en la Francia septentrional, en las Ardenas (bajo el nombre de bergeoteries (81)), en la Beauce y el Perche (82), en Normandía (83), la Picardía y el Artois (84).

\* \*

Bastarán los ejemplos citados para documentar la gran importancia que presentan las obras del señor Violant i Simorra para el estudio de la cultura popular de Cataluña y desde el punto de vista comparativo. Constituyen una fuente inagotable de recursos en la que podrán inspirarse no

<sup>(78)</sup> Ch. Beauquier, Les mois en Franche-Comté, págs. 8, 12, 148, 158.

<sup>(79)</sup> A. Bosquet, La Normandie romanesque et merveilleuse. Paris, 1845, pág. 172; J. Lecoeur, Esquisses du Bocage normand. Condé-sur Noireau, 1883, 1887, II, 126-129; FEW III, 929: furolles.

<sup>(80)</sup> RFoFr I, 171; Arnaudin, Chansons populaires de la Grande Lande, pág. XV; Scheffler, Französische Volksdichtung, pág. 325 y sig., etc.

<sup>(81)</sup> A. Meyrac, Traditions, coutumes, légendes et contes des Ardennes. Charleville, 1890, pág. 97.

<sup>(82)</sup> F. Chapiseau, Le folklore de la Beauce et du Perche. Paris, 1902, I, 337 y sigs.

<sup>(83)</sup> RFoFr IV, 327-328; Folklore Paysan I, 112; cp. Rolland, Faune populaire V, 160-161.

<sup>(84)</sup> RFoFr IV, 66169.

solamente los hispanistas, sino también los folkloristas de otros países. No terminaremos esta reseña sin destacar el eminente servicio que presta al lector la profusión de instructivas láminas diseminadas a lo largo del texto, reproducciones de paisajes, escenas populares, objetos, etc. Las casas editoriales no escatimaron ningún esfuerzo para procurar a las obras una presentación digna de su valioso contenido, demostrando una perfección técnica admirable y rindiendo alto honor al folklore.

F. KRÜGER

Universidad Nacional de Cuyo.